



CUANDO HABLO DEL HOMBRE, HABLO DE DIOS

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y puso el mundo a su disposición (Gn 1,26). Así es como nuestra vida se inicia en Dios y con Dios, donde IMAGEN y SEMEJANZA indican que nosotros no somos, no existimos sin Él: no hay hombre si no hay Dios.

Este acto de creación es un fruto del desborde del amor de Dios Padre: somos frutos de su amor, creados por su amor y para amar y es así que ocupamos un lugar especial en la creación. El creador no puede más que amar su creación.

Dios nos pensó a cada uno de nosotros, como seres originales y únicos, y para cada uno de nosotros es que pensó un plan. Por ser nosotros imagen y semejanza de Dios, siempre hay algo en nosotros que tiende al Padre, que busca corresponder con ese plan que Dios tiene para mí. Esto es parte de nuestra relación personal con Dios que es fruto de ser sus creaturas.

Dios y mundo: Dios habita en el hombre para que éste desarrolle su vocación en el mundo. El mundo no es el fin (mundanidad, idolatría), es un medio para desarrollarnos, para apreciar la obra de Dios en él.

Dios le dispone la creación para que el hombre habite en ella, no como posesión, sino como don

- para vivir el amor creando vínculos: “*Sean fecundos y multiplíquense*” –Gn 1,28– AFECTIVIDAD: AMIGOS Y FAMILIARES y;
- desarrollando sus capacidades: “*Llenen la tierra y sométanla*” –Gn 1,28– TRABAJO Y ESTUDIO.

Ser imagen y semejanza de Dios implica que en mí, siempre haya algo de Dios, que cada una de las cosas que hago en mi vida estén atravesadas por la presencia de Dios. Donde estoy yo como joven, como cristiana, como amiga, como hija, como estudiante, ya está Dios presente.

Santo Domingo Tandil